

No pises esa calle que se quita la falda
por arriba como una mujer mala. Cuidado
no vayas a venirte por el paisaje mundo
de todos los humanos.

Si te parece bueno que dos hombres se digan
mutuamente que sufren, lloremos un rato.
Si te parece bueno te daré lo que tengo
llamándote mi hermano.

Delante hay un jardín -te enteraré de todo -
de amargas margaritas y de cipreses altos:
grises recordatorios que borran los caminos
que se pierden andando.

Es en mi casa solo donde te espero ahora,
más tarde si tú quieres saldremos por el campo.
Ayúdame primero a descifrar mi vida
porque yo tengo algo

que lo busco hace tiempo, hasta el fondo del alma
y no sé lo que pasa y estoy desesperado.
Es algo que me tiene intranquilo y muriendo
y no sé encontrarlo.

A lo mejor tú vienes y de pronto descubres
todos los imposibles donde yo me deshago:
una melancolía, una simple congoja,
esperando un milagro.

Porque no cabe duda, me lo sé de memoria,
en el hombre que vivo
está ocurriendo algo.

JESÚS DELGADO VALHONDO

PINTURA ESPAÑOLA

Breve reseña histórica leída en el acto inaugural
de la I Exposición de pintores españoles contem-
poráneos en la Escuela de artes plásticas.



ESPAÑA ha sido siempre país de pintores de ejemplar produc-
ción, tan ejemplar que con sólo cuatro nombres queda sig-
nificado el por qué de esta afirmación: Velázquez, Goya,
Picasso y Dalí.

Desde los remotos tiempos prehistóricos, en que los hombres de
la época cuaternaria tallaron y coloraron escenas de caza en la cue-
va de Altamira (provincia de Santander), formando verdaderos cua-
dros sobre las piedras de estos refugios del hombre primitivo, quedó
con su verismo iniciada la vocación pictórica de las generaciones
subsiguientes.

La historia nos muestra y los vestigios presentes nos dicen cómo
a España llegaron por las rutas del mar, griegos y fenicios y con ellos
nueva sangre y nueva cultura. Una «Dama de Elche», escultura ibé-
rica de influencia exógena hallada en tierras alicantinas, patentiza
en la costa mediterránea el cuajar de una vocación plástica en el me-
dio español desde remotísimos tiempos.

Los romanos, herederos de la estética griega, seguidores de Pra-
xístiles, de Zeús y de Parrasios y ejemplares urbanizadores al do-
minar a España desde antes y en el desarrollo de la Era de Cristo
hasta el siglo IV, sembraron en ella su estatuaria, sus construcciones
de arcos triunfales, de acueductos, puentes y palacios municipales.
El hispano-romano aprendiendo esta técnica construyó soberbias
edificaciones, compuso frisos de cerámica pintada y levantó monu-
mentales teatros y foros. Tarragona en la costa mediterránea y Mé-
rida en el interior de la península bastan hoy mismo para acreditar
con sus monumentos el quehacer del español dirigido por la cultura
romana.

Siempre ha sido la madre Italia maestra en estética, y la que en
el llamado Bajo Imperio, desde Bizancio, como recepcionaria del ar-
te oriental que conjuntó al occidental, emitió siglos más tarde del
esplendor imperial su mensaje artístico hasta las lejanías de las este-
pas rusas, cuando abriendo su camino en ellas el cristianismo orto-
doxo griego lo hizo ayudado por la arquitectura bizantina, cuajada
en el Mediterráneo oriental durante la dominación romana.

De Roma, en el siglo X, surgirán los incentivos del arte religioso
llamado románico, que extendido por España, Francia, Suiza y Lom-

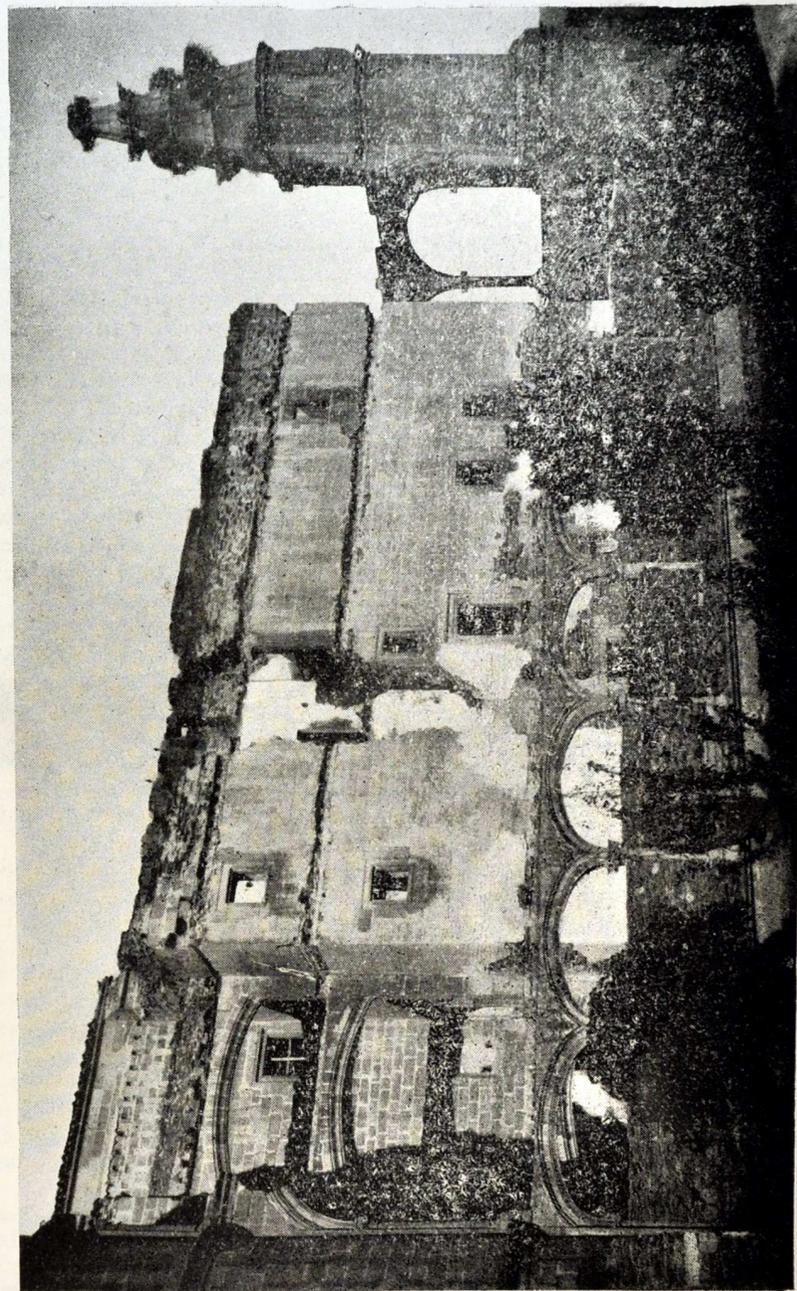
bardía y siendo los avanzados de estas corrientes artísticas los monjes cluniacienses, conseguirán levantar unos monasterios que son considerados muchos de ellos como verdaderas biblias en piedra, por la representación profusa de pasajes bíblicos, de símbolos y de personajes evangélicos tallados por la mano del escultor. En España, esta ejemplar producción tiene entre tantas otras las muestras de la portada del monasterio catalán de Ripoll y en prosecución del estilo, el Pórtico llamado de «La Gloria» en la catedral de Santiago de Compostela.

Por otra parte, viviendo en el lejano medioevo los artistas árabes en la tierra dominada en Hispania, nos llegó a los hispano-cristianos una transfusión de su arte, siendo los mozárabes, españoles que habían convivido con los invasores, el enlace con sus corrientes artísticas, y siendo ellos los que dotan de riqueza imaginativa y de calidad en el colorido a la iconografía religiosa hispana; fecundando los pergaminos con miniaturas graciosas de rutilante color y haciendo pasar este estilo hasta las tierras de Gascuña, de Borgoña y de Italia. Las pinturas encontradas en los añejos monasterios románicos, decorando sus murales, tal como los existentes en Santa María del Bruch, vienen a ser un desarrollo de la pintura iconográfica estampada en los manuscritos de la época.

De Alemania y en avance hacia el sur, pasando por Flandes y por Francia, llegará el gótico hasta España, en cuyos pueblos quedaron magníficos precedentes de esta nueva concepción de un arte, en que las flechas de las torres de las catedrales de Colonia, Chartres, y en España las de Burgos y León, son excepcionales precedentes de este sentido artístico que muestra como ninguno la ascensión ideal hacia el cielo. Los espléndidos vitrales que ornan estas inmensas catedrales, narrando vidas de santos o escenas de la Pasión, son buena prueba de la ampulosidad artística en este género. Parejamente se desarrolló una magnífica pintura, teniendo como precedente la producción pictórica del «Cuatrocientos Italiano», en el que tan significados son, por ejemplo, el pintor Cimabúe, o Giotto en Italia. El desarrollo que esta pintura alcanzó en las medievales tierras flamencas fue enorme. Las figuras dentro de su textura hierática tienen una ingenuidad y una gracia que difícilmente se ha conseguido con posterioridad. El estilo cuajará en España en pintores de la calidad de Pedro de Berruguete que siembra Castilla de una ejemplar pintura religiosa.

Surge en estos tiempos del medioevo, en lo que va del siglo XIV al XV una escuela catalana de pintura y otra valenciana, con lo cual se entra con paso firme en los tiempos modernos, luciendo en los finales del siglo XV y comienzos del XVI, un conjunto de pintores a los que acaudillan un Juan de Juanes y un Luis Morales y poco después un Rivera de singularísima producción, o un Herrera el Viejo de fuerte reciedumbre.

Es el siglo XVI español, un espléndido tiempo de desarrollo pictórico y es en este tiempo cuando atraído por la fama del desarrollo plástico en España, llega a la ciudad de Toledo un pintor griego, que pasado por Venecia, nos traerá a España la gracia del colorido del



ALBUM EXTREMEÑO. — Alcántara. Convento de San Benito. Foto Javier

Mediterráneo Oriental, pero el que ganado por los azules de los cielos españoles, el ceniciento y plata de sus olivares y el ocre de sus tierras, variará notablemente su colorido veneciano de carmines y azules intensos por otros más austeros aunque sin dejar totalmente el uso de los italianos, poniendo en sus motivaciones pictóricas y en su realización un aliento místico aspirado en el medio hispánico. Este pintor llamado El Greco, tan fundido quedó con España, que ella puede presentarle como un ejemplar artista recriado en sus ámbitos geográficos y espirituales.

Siglo éste del XVI español, en cuya segunda mitad nacen y se desarrollan en el ambiente pictórico un genial conjunto de primerísimos pintores. Son éstos por su temática principalmente religiosa, de ideación dramática y de colorido austero, que llegará hasta el llamado tenebrismo de los negros y grises, blancos y ocre combinados, alejándose de los hirientes colores del iluminismo italiano, los que nos darán una versión auténticamente española de la pintura de su tiempo; entre estos pintores se encuentran Juan de la Cruz Pantoja, nacido en el año 1545, Pacheco, de escuela sevillana, nacido en 1564, Zurbarán, nacido en 1598 y Velázquez, nacido en 1599.

De ellos, Velázquez, del que sólo cabe decir por el pronto que según la afirmación de los críticos, aún sigue con su técnica influenciando el arte actual, y de Zurbarán que por su sentido geométrico en el trazo de sus figuras y el uso de los claro-oscuros de forma no igualada, se ha podido manifestar que fueron en el ámbito mundial de su tiempo dos de los mejores pintores que esgrimieron pinceles.

Esta generación se extiende en el siglo XVII, teniendo como exponentes del tiempo a un Murillo nacido en 1617, a un Carreño nacido en 1614 y a un Claudio Coello que sabemos que aún vivía en el año de 1693.

Murillo es un pintor melifluido y sensitivo del que se ha hablado por sus espiritualizantes «Inmaculadas», como una continuación del Rafael italiano, el de las famosas «Madonas».

Carreño fue pintor cortesano, que aún denotaba el vigor de los geniales Velázquez y Zurbarán.

Claudio Coello, muestra los rasgos de sus antecesores y es un significado autor, con el que está finalizando una generación, que durando casi cien años, se debió a sí misma tan auténticamente y con una fisonomía tan propia, que por ella cupo y cabe hablar de una Escuela Española, que estuvo al par de la ubérrima Escuela Italiana y de la extraordinaria pintura flamenca de su tiempo, teniendo para ello en cuenta el uso de la distinta temática y de determinada tendencia en el color.

La Florencia de los Médicis, dio de sí a un Miguel Ángel y a un Leonardo de Vinci, que en Roma encontraron por la protección papal el desarrollo de su genio. Venecia dio vida al Tiziano.

Flandes, contando con un Vander-Wayden y por la afirmación de sus industriosos burgos y la riqueza de sus gremios, pudo sostener y perfilar a pintores tales como a Rembrandt o a Rubens.

España por el mecenazgo de sus reyes y la potencia económica de

sus ricos monasterios, pudo prestar alas a un Velázquez o a un Zurbarán.

Si la «Bacanal» de un Tiziano, exultación de la naturaleza y del vivir jocundo, en que hombres y mujeres están pintados en actitudes amorosas y desnudos sensuales, es considerado como un cuadro genial de su tiempo, poco ha de tardar en que el cuadro de «Los Borrachos» de Velázquez, tema vinario como el de Tiziano, pero con figuras las velazqueñas sacadas de fondos tabernarios, de un realismo crudo y haciendo una genial crítica del vicio tal como lo aconsejaba el ascetismo español, sea considerado por su factura y la realización asombrosa del tema, tan genial como lo puede ser en su temática jocunda el del Veneciano.

Los retratos de regios personajes pintados por Velázquez, sus cuadros históricos y entre ellos el mundialmente conocido «De las Lanzas», sus «Hilanderas» y sus «Meninas», sin par este último en el aprovechamiento de los planos en que sitúa a los personajes, son junto a su «Cristo en la Cruz», toda una traducción del ambiente de su época y una primerísima afirmación de la pintura española en el plano pictórico internacional del siglo XVII.

En el siglo XVIII, naciendo en el año de 1746, aparece en el panorama español el aragonés Francisco de Goya, que de larga vida, puesto que muere en el siglo XIX en el año de 1828, tiene en su extensa trayectoria temporal una inmensa producción; inmensa en cantidad, en variación de temas y en calidad, siendo éste un pintor cuya temática no se ciñe exclusivamente a la realeza o a la motivación religiosa, puesto que entre otras cosas es un magnífico crítico social, que con sus aguafuertes irónicos, plagados de brujas, mujeres posesas y exorcizantes, muestra con un agrio humorismo las supersticiones de la época.

Sus retratos de la regia familia, son retratos que hacen la semblanza del momento dinástico con un acento no disimulado de fina burla, en la que con un realismo incopiabile queda plasmado en las telas un Carlos IV fofo y bobalicón, rey de una España que camina con pasos acelerados hacia su decadencia.

Dentro del tema histórico, si hay un cuadro que puede remover las más profundas raíces humanas de su espectador, es el cuadro pintado por Goya «Del fusilamiento de los patriotas del 3 de Mayo de 1808 en la Moncloa», que representa la ejecución de los madrileños que se levantaron gallardamente contra la invasión francesa acaudillada por Napoleón.

Es Goya sin duda alguna, y así se ha reconocido, un pintor impresionista, que sirve de ejemplo a los impresionistas que más tarde surgirán en Centro Europa. Los rasgos que traza el genial pincel de Goya, unas veces difuminados y otras duros y cuajados son siempre precisos. El color usado con una contrastación viva, produce una sensación altamente realista del paisaje o de las personas, introduciendo por ello en la composición pictórica una modalidad fuerte y ágil a la vez, digna de ser seguida en todos los tiempos posteriores por pintores destacados.

Los que en su tiempo en España siguen a Goya, aun siendo buenos pintores como ocurre con Eugenio de Lucas, no llegan a poseer ni con mucho la recia personalidad del irascible aragonés.

Transcurre el resto del siglo XIX español, dando paso a una pintura un tanto deshinchada y anémica. Ahora es Francia en plenitud de poder y de riqueza la que concentra los talentos, convirtiéndose en rectora de la literatura y de las artes, y es en el crisol de París donde todo artista debe depurarse.

La época adolece mundialmente de un defecto, un frío academismo invade a las artes. Ello es expresión de la corriente neoclásica que si bien en la arquitectura resulta muy solemne y ornamental, aplicado a la pintura la impregna de rigidez. En Francia, el pintor David, pintor oficial del imperio napoleónico, produjo cuadros espectaculares, pero al cual como a otros pintores de la época se les nota una falta de mejor movimiento y agilidad.

En España, en el último del siglo XIX, comienza a tener auge la pintura de historia, y son exponentes de ella un Casado de Alisal, un Moreno Carbonero o un Gisbert. Esta pintura da la tónica de su tiempo, frío y demasiado alambicado. El pintor Madrazo, que vivió hasta el año de 1874, en la temática del retrato, nos parece dentro de la época, un pintor que sobrepasa del resto de sus contemporáneos.

A finales del siglo XIX va transformándose el panorama de la pintura francesa dando paso a un naturalismo antiacadémico que producirá en su día una escuela de geniales pintores dentro de la línea impresionista entre los que se pueden citar a Manet, Corot, Toulouse-Lautrec, etcétera, etcétera.

Pasando por Francia tenemos a los españoles Mariano Fortuny y Santiago Rusiñol. Estos dos son justificación de una pintura española que disiente de la fría y académica de sus antecesores. Por su temática, «Zocos árabes», rosaledas, tipos de ambiente típico y el uso del colorido, junto al trazo que da la sensación de verdadero movimiento, podemos considerarlos como los pintores de la transición hacia una pintura de carácter naturalista dentro de la Península.

Joaquín Sorolla el valenciano y el vasco Zuloaga, caminan por el siglo XX con desenfado. El primero de ellos recoge en un cálido impresionismo el colorido levantino y capta como nadie los fulgores de los cielos; el vasco, hace una semblanza austera de la España religiosa y popular, llegando a la intimidad de lo hispánico y narrando su fondo trágico. Toreros y procesiones, con un colorido que tanto recuerda a los clásicos del siglo XVII de la pintura española, quedan con otras versiones temáticas desarrolladas sobre España por Zuloaga como ejemplo de un biógrafo pictórico de genio universal.

La mujer andaluza, es pintada por Julio Romero de Torres, viéndose en esta pintura una doble influencia, muy cordobesa, senequista y sensual, que en acertado enlace representan una temática local muy digna de estimación.

Dentro de la corriente impresionista, y en lo más vivo de ella,

aparecen en París los españoles Regoyos y Juan Gris, los cuales de por sí hablan de la paridad que en calidad llegan a tener los pintores españoles con otros extranjeros dentro del género.

Hay, ¡qué duda cabe! en el primer tercio del siglo XX un resurgir de la pintura española; lo acreditará por ejemplo un Gutiérrez Solana, pintor expresionista. «Pintor de la carne transitoria», teniendo para ello «un casi bárbaro sentido de la realidad» como de él ha dicho Tierno Galván. Lo certificará también un Vázquez Díaz que sigue siendo maestro generacional; un Muñoz Ortega, al que su verismo y su escueto sentido lineal le han hecho recoger laureles en diversas y primeras exposiciones de carácter internacional; un Palencia de asombrosos contrastes en el colorido; un Benedicto con captación de paisajes serranos de Gredos tan serenamente interpretados, un Aguiar tan reconocido en los medios pictóricos de Sud América.

Todos ellos confirman con muchos otros en estos mismos momentos a una generación que tenía ya vigencia en el año de 1936.

Cuando el ímpetu pasional del español se dirige huracanadamente hacia cualquier dirección, entonces arrolladoramente viene a ocupar el primer plano de la atención general. Nuevamente, dentro del siglo XX, viene a España con determinadas figuras representativas a escalar la cumbre de la pintura mundial. Pablo Picasso y Salvador Dalí son nombres que lo atestiguan.

En la carrera hacia los avances, nadie podrá negar que estos españoles, malagueño Picasso, catalán Dalí, se encuentran a la cabeza de toda una pléyade de pintores de tan compleja tendencia y original dirección.

El talento de Picasso, que partiendo de una pintura formalista en la que hubo de acreditar ser un magnífico dibujante, lanzándose a lo cubista y ultrasimbólico, lo realiza con tan medida inteligencia, que su extravagancia contenida dentro de su peculiar ritmo sigue causando a los amantes de estos estilos verdadero asombro.

Dalí es un hábil calculador que nunca deja de posar las puntas de sus pies en los elementos de la pintura llamada formalista, pero que agiganta su cuerpo estereotipado, mueve sus ojos de exaltado y extiende los brazos buscando la originalidad en su temática mediante la acomodación en sus cuadros de unos símbolos tan extraños como sus propios bigotes, a los que él llama antenas captadoras de su inspiración, consiguiendo con la subversión y el disparate congenerales, en las que se asocian elementos formalistas de la pintura con unos símbolos tan rebuscados por el autor.

Francisco MARCOS LOPEZ

Guatemala, Junio 1961.

SIETE SONETOS ⁽¹⁾

CUANTO camino juntos, Gracia. Tanto
amor nuestro hecho tiempo... Qué lejana
aquella primavera, la mañana
en que nos descubrimos. Pero el canto

se nos sube a los labios todavía
juvenil y fragante, nos despierta
y nos devuelve al aire. Amor, alerta,
que la senda está abierta. Queda día

para nosotros, Gracia. La colmena
rebotante de miel, la troje llena,
copiosa nuestra fuente, florecida

en árbol la simiente que sembramos,
Con la antorcha encendida caminamos
pisando ya la tierra prometida.

NO me importan los años. Yo no creo
que la sangre se torne lejanía,
No, no ha pasado el tiempo. Yo te veo
como éras en aquella epifanía,

alba de abril brotando en mi costado
con profunda raíz, fecunda llaga
para darme sazón. No, no ha pasado
ni un día desde entonces. No se apaga

(1) Del libro *Gracia y Antonio*, 1935-1960.